

LA MIRADA DE LA INFANCIA

Amos Oz: el niño que quería ser libro

Juan Tébar*



En esta serie de artículos, bajo el epigrafe de «La mirada de la infancia», sobre niños «reales», «literarios» o «cinematográficos» que miran o son mirados, le ha tocado el turno a Amos Oz, el reciente Premio Príncipe de Asturias de las Letras. En Una historia de amor y oscuridad, Oz cuenta su vida, sobre todo su infancia, cuando quería «ser libro», no escritor, porque a los escritores se les puede matar, pero los libros viven eternamente. Ese era el sueño de un niño que creció en medio del conflicto árabe-israelí.

El escritor Amos Oz, último y reciente Premio Príncipe de Asturias de las Letras, también Premio Israel de Literatura, y autor tan respetado y leído hoy en el mundo entero que suena constantemente en las quinielas del Nobel, mira al mundo con los ojos de un niño, él mismo. Nació en Jerusalén en 1939, bajo la dominación británica, vivió con sus padres el horror de las guerras con los árabes, y soñaba no con ser escritor, sino «con ser un libro». Al cabo de los años escribió varios que evidencian esa mirada.

Palabras contra el fanatismo

Oz es novelista, también poeta, ensayista, sobre todo un lúcido intelectual que no tendría reparos en charlar con un palestino, porque lo considera su obligación y es uno de sus mayores deseos. «El Israel posible» que él representa. ¹ La reconciliación, el diálogo, el entendimiento entre los dos pueblos hermanos y desdichadamente adversarios. Él vivió muy temprano ambas cosas, la coincidencia y el enfrentamiento. Eso le ha enseñado, sobre todo, que el mayor enemigo de esa esperanza es el fanatismo —«Mi propia infancia me ha hecho experto en fanatismo comparado», escribe—. Su mirada de pasión por los libros quizá es una de las mejores formas de acercarse a ese conflicto. Con amor y cultura, y sin prejuicios. La gente que se pelea debería leer más, nos ha dicho en alguna de sus declaraciones con motivo del reciente viaje a España para recoger su último galardón.

Entre las muchas obras de Oz que pueden verse hoy en las librerías busquen una muy pequeña de tamaño, con portada azul y amarilla, de lectura fácil y rápida, que contiene el corazón de su pensamiento sobre este asunto: se llama *Contra el fanatismo* ² y recoge tres conferencias del autor en los dos primeros años de este siglo. Ilustramos el tema con algunas frases de este diminuto y muy recomendable libro: «Todo el mundo grita, nadie escucha. Yo escucho a veces, y así me gano la vida...»; «Todavía me encantan las palabras, coleccionarlas, ordenarlas, mezclarlas, darles la vuelta, formarlas. Más o menos



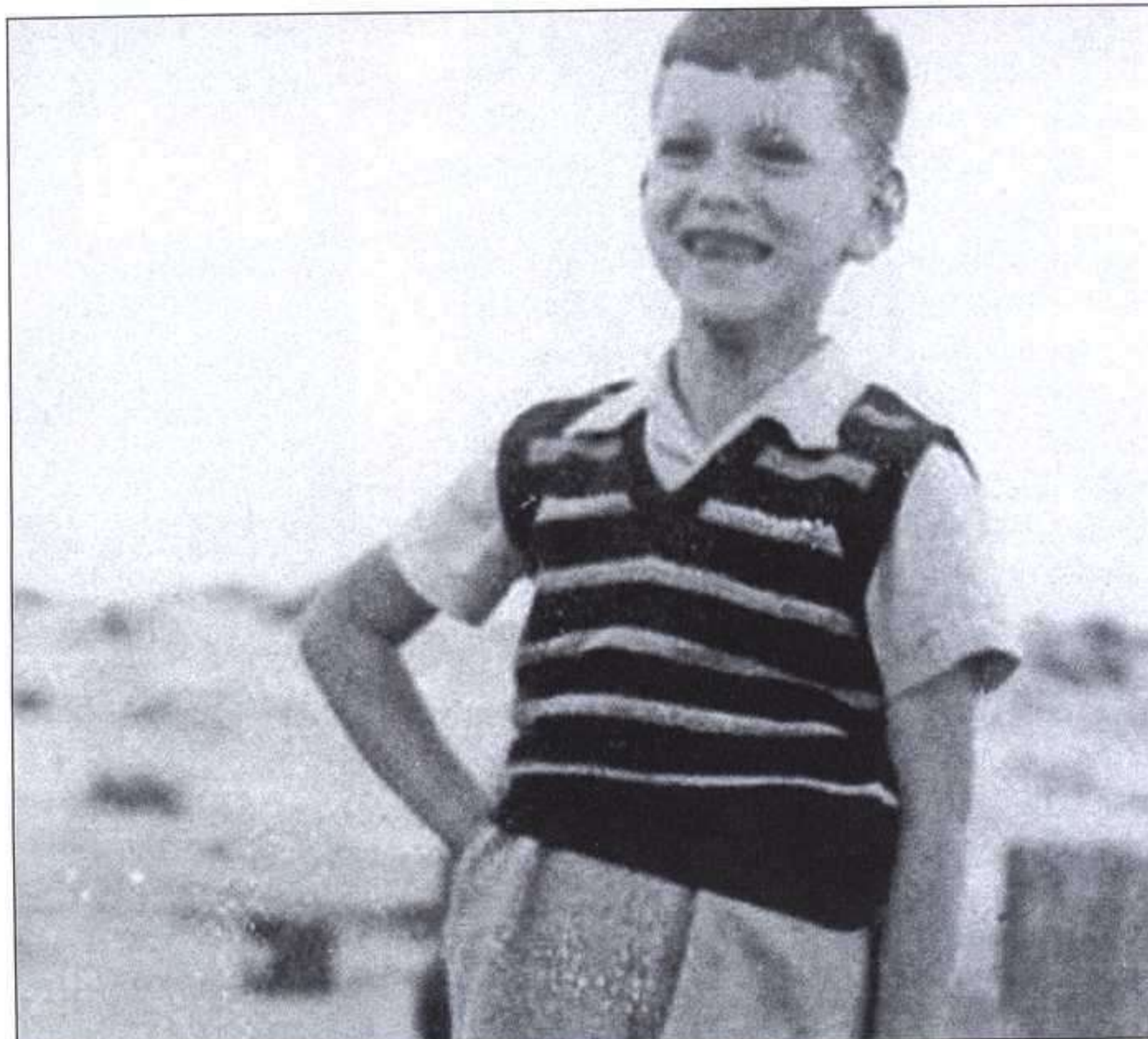
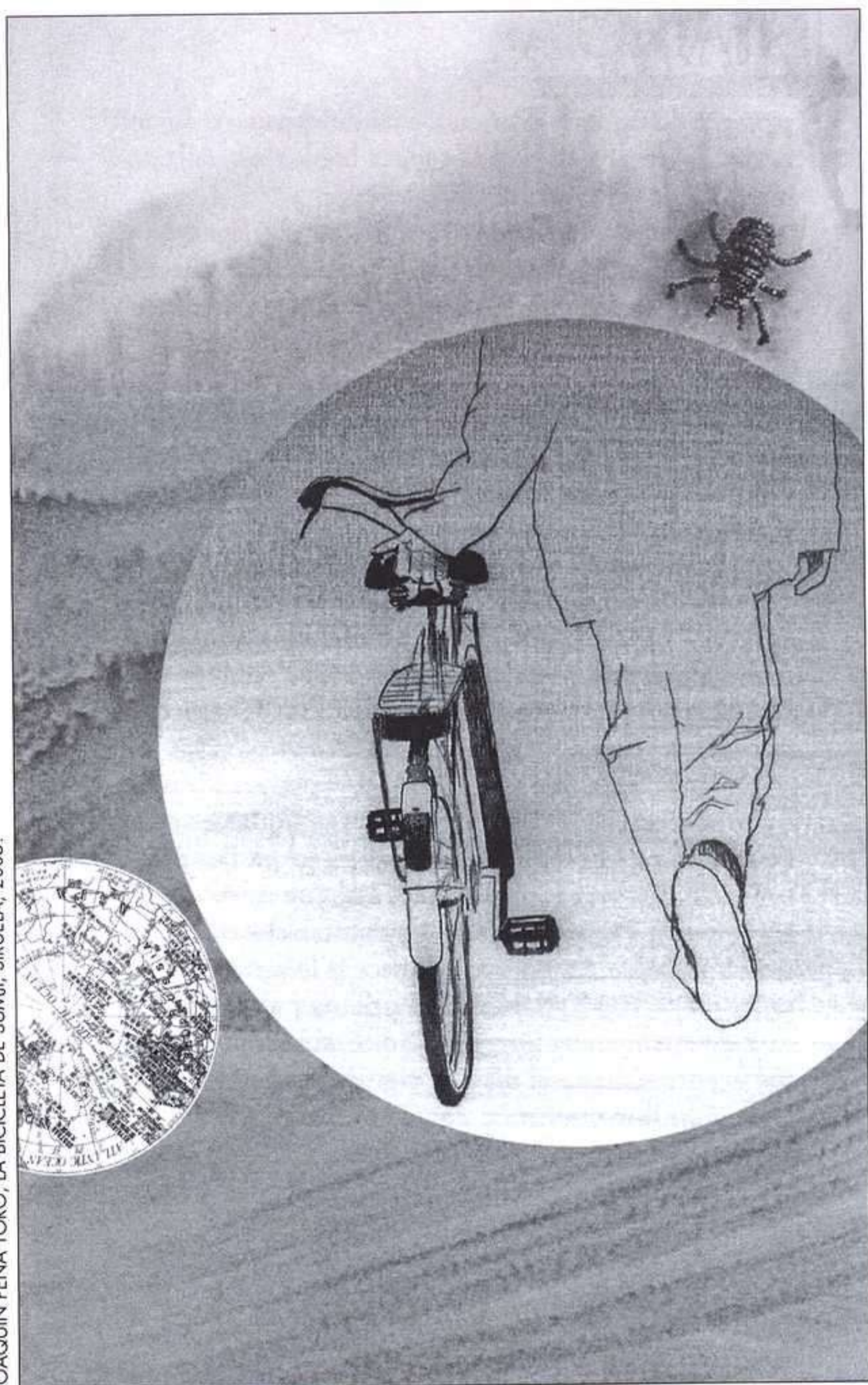
Amos Oz de joven, cuando trabajaba en un kibutz.

como hacen los que aman el dinero con las monedas y los billetes, o los que aman el juego con las cartas»; «La literatura es siempre la respuesta, porque la literatura contiene un antídoto contra el fanatismo mediante la inyección de imaginación. Quisiera poder recetar sencillamente: Leed literatura y os curaréis de vuestro fanatismo»; «Creo haber inventado la medicina contra el fanatismo. El sentido del humor es un gran remedio»; «Tener sentido del humor im-

plica habilidad para reírse de uno mismo. Es relativismo, es la habilidad de verse uno como los otros lo ven...».

Éste, creemos nosotros, es uno de los secretos de «la doctrina Oz» (con la que él mismo bromea diciendo que quizá le haga merecedor del Premio Nobel... de Medicina), ponerse uno en el lugar de los otros, extrañarse del obsesivo yo. Ser comprensivo, abrir las puertas al diálogo, incluso con uno mismo.

Este niño de palabras acaba de decir-



Amos Oz de niño, cuando quería crecer y ser un libro.

nos en Oviedo que no sigamos eligiendo entre ser proisralíes o propalestinos. «Deben estar a favor de la paz.» No hay nada peor que una guerra, que varias guerras en su caso, para llenar de fantasmas la memoria de un niño. Oz confiesa que aún sigue, a veces, despertándose por la noche para escapar de una pesadilla en la que le visita una de esas guerras que le tocó vivir, con los ingleses, contra los árabes... Se levanta entonces, pasea por el desierto de madrugada. Y escribe. O lee. Las dos mejores medicinas. Ambas tienen como protagonista al libro.

Creecer y ser libro

«Lo único abundante en casa eran los libros: había libros de pared a pared, en el pasillo, en la cocina, en la entrada, en los alféizares de las ventanas, en todas partes. Miles de libros en cada rincón de la casa. Se tenía la sensación de que si las personas iban y venían, nacían y morían, los libros eran inmortales.

»Cuando era pequeño quería crecer y ser libro. No escritor, sino libro: a las personas se las puede matar como a hormigas. Tampoco es difícil matar a los escritores. Pero un libro, aunque se lo eli-

mine sistemáticamente, tiene la posibilidad de que un ejemplar se salve y siga viviendo eterna y silenciosamente en una estantería olvidada de cualquier biblioteca perdida de Reykjavik, Valladolid o Vancouver.»³

*Una historia de amor y oscuridad*⁴ es otro libro que les recomiendo, ahora que están todavía presentes casi todas sus obras en los estantes de las librerías. Son sus memorias, sobre todo sus memorias de infancia. Éste es un libro grueso, menos manejable pero igual de apasionante, porque está contado por un «escritor de raza»⁵ y se lee como una novela. De él vienen las palabras anteriores. Y las siguientes:

«Una vez, cuando tenía siete u ocho años, mientras íbamos sentados en la penúltima fila del autobús de camino a la clínica⁶ o a una zapatería infantil, mi madre me dijo que es cierto que los libros pueden cambiar con los años igual que las personas cambian con el tiempo, pero que la diferencia está en que casi todas las personas al final te abandonan a tu suerte, cuando llega un día en que no obtienen de ti ningún provecho o ningún placer o ningún interés o al menos algún buen sentimiento, mientras que los libros jamás te abandonan. Tú los

abandonas a ellos a veces, y a algunos incluso los abandonas durante muchos años, o para siempre. Pero ellos, los libros, aunque los hayas traicionado, jamás te dan la espalda: en completo silencio y con humildad te esperan en la estantería. Te esperan incluso decenas de años. No se quejan. Hasta que una noche, cuando de pronto necesitas uno, aunque sea a las tres de la madrugada, aunque sea un libro que has rechazado y casi has borrado de tu mente durante muchos años, no te decepciona, y baja de la estantería para estar contigo en ese duro momento. No echa cuentas, no inventa excusas, no se pregunta si le conviene, si te lo mereces y si aún tienes algo que ver con él, sencillamente acude de inmediato cuando se lo pides. Jamás te traiciona.»

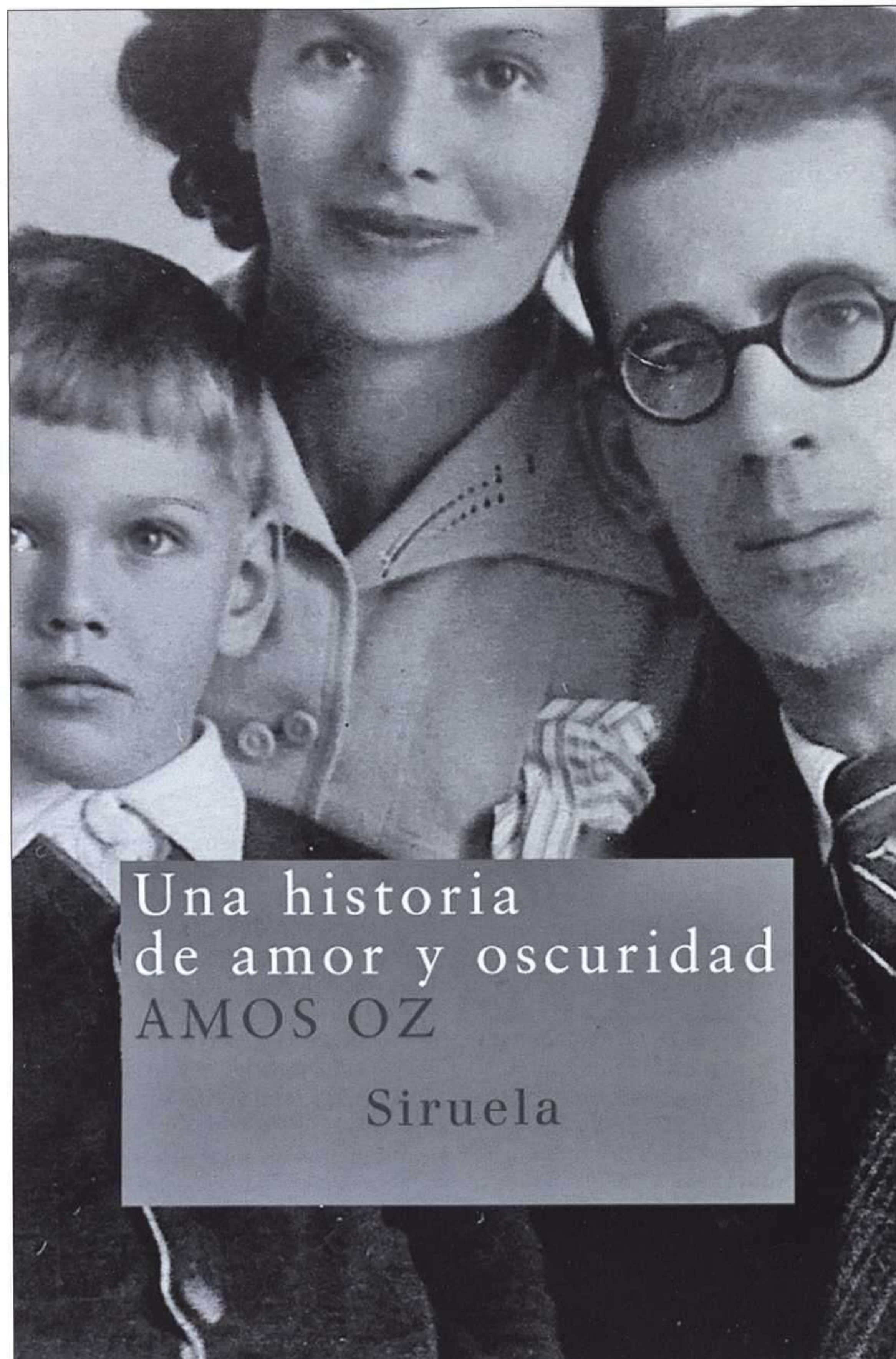
Cosas de ese niño

Las muchas cosas de ese niño que aprendemos, que compartimos, con simpatía, emoción, reconocimiento, admiración muchas veces, componen esta «historia de amor y oscuridad» que es la historia de su vida. El respeto por su padre, el amor por su madre, ambos atravesados por el máximo dolor («No per-

doné a mi madre que se matara, no perdoné a mi padre que no supiera retenerla»), el enamoramiento de su maestra, la «Maestrazelda», la señorita Schneerson. Amos tenía ocho años: «Ebrio de amor me sentaba cada mañana en su clase. O muerto de celos. Constantemente intentaba descubrir cuáles de mis encantos atraían su favor. Y tramaba cómo destruir los encantos de los demás, cómo distanciarlos de ella». Ese niño, tan imaginativo como capaz de la mayor pasión, empezó a enhebrar sus primeras historias en los cafés, a donde iba con sus mayores, y mientras ellos hablaban de política, de literatura, de economía, de filosofía, de religión... el niño, que había aprendido bien las reglas de su presencia allí —No molestar. Ser inexistente. Transparente— se inventó un juego secreto. «Un juego al que podía pasarme horas y horas sin moverme...»: basándose en sus rostros, en sus ropas, en sus gestos, creaba personajes, inventaba historias, relacionaba a los asistentes de la tertulia unos con otros en tramas que podían nacer de la forma de un bolígrafo en un bolsillo, de una mujer sola fumando en una esquina, de un chico que no quitaba ojo a la puerta... Urdía dramas y comedias... era ya casi escritor... casi libro, como siempre había soñado. Como sueña todavía.

No abundan los niños que viven en la calle de su mismo nombre. Una de las muchas calles de Jerusalén en las que vivió Amos Oz con sus padres fue la calle Amós, que es un personaje de la Biblia. Estaba sin duda predestinado a traspasar el límite del anonimato. Algunos de sus vecinos y de sus parientes, sobre todo un tío abuelo, famosísimo poeta israelí, eran escritores. Su padre era profesor y bibliotecario, y se pasaba la vida entre papel impreso. ¿No estaba también escrito, como se dice en las Sagradas Escrituras, el futuro de este niño? Palabras, invenciones, personajes, libros... Amor. Y oscuridad también, claro. No sólo la del dolor personal y familiar, sino la de un pueblo durante muchos años víctima que se volvería verdugo... Pero sin oscuridad no hay suficiente materia para hacer materia con los sueños.

Sobre los libros preferidos de aquel niño, sobre sus encuentros con la muerte, sobre los avatares de su país... sabrá



Una historia de amor y oscuridad AMOS OZ

Siruela

En la portada, foto de Amos Oz y sus padres.

quien lea todas las páginas de este libro escrito en estado de gracia, pero no espere la típica autobiografía al uso.

Autobiografía y ficción

El adulto Oz escribe —con su mirada de niño— sobre el niño Oz que se convirtió en escritor (ya que no pudo convertirse en libro, los sueños nunca se rea-

lizan del todo), pero no escribe sobre lo que algunos lectores quieren. Él lo explica en las páginas de su autobiografía. Él dice que habla de los orígenes de sus ficciones. Yo aviso a quienes recomiendo libro tan excelente: esos lectores que no deben seguir mi recomendación... «Quieren los chismorreos. Quieren husmear. Que se les diga lo que realmente te ha pasado en la vida y no lo que después has escrito sobre ello en tus libros. Que

se les revele de una vez, sin eufemismos ni chorradas así, quién realmente lo hizo con quién, y cómo y cuántas veces. Eso es todo lo que quieren y con eso se quedan satisfechos. Dales Shakespeare enamorado, Thomas Mann rompiendo el silencio, Daia Rabikovitich al desnudo, las confesiones de Saramago, la intensa vida amorosa de Lea Goldberg.

»El mal lector me exige que le desmenuce el libro que he escrito, pretende que con mis propias manos tire mis uvas a la basura y le dé sólo las pepitas.

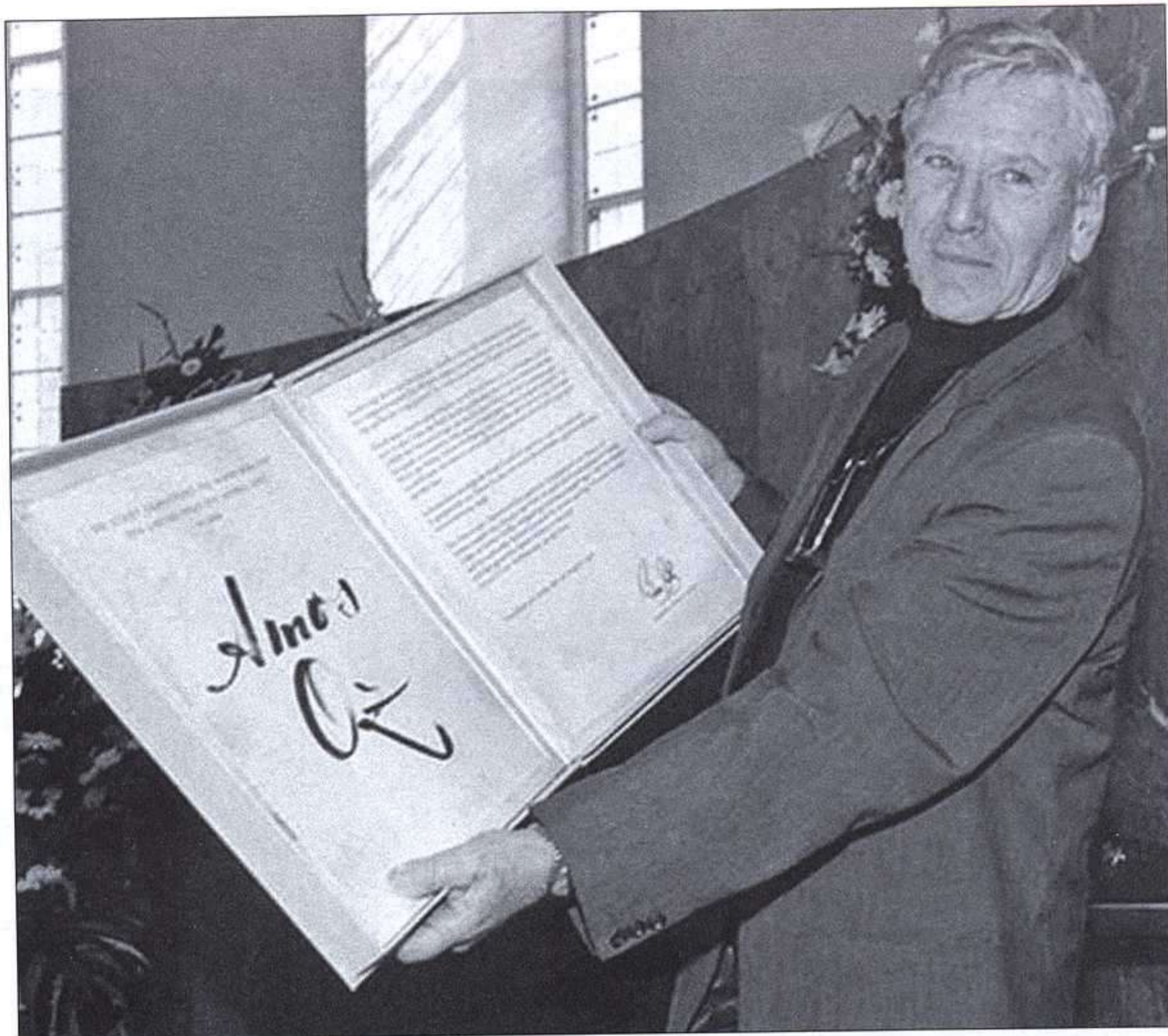
»El mal lector es una especie de amante psicópata que se abalanza sobre una mujer y le desgarró la ropa y, cuando ya está desnuda del todo, le arranca la piel, abre su carne con impaciencia, rompe el esqueleto y al final, cuando ya ha roído los huesos con sus ávidos dientes amarillos, sólo entonces se queda satisfecho: ya está. Ahora estoy dentro del todo. He llegado.

»¿A dónde ha llegado?...».

No al corazón, no a lo que busca el buen lector, y lo que proporciona el buen escritor, según Amos Oz: «El espacio que el buen lector prefiere labrar durante la lectura de una obra literaria no es el terreno que está entre lo escrito y el escritor sino el que está entre lo escrito y tú mismo». ⁷ O sea, las perlas de la ficción, que parten de la vida sin airear sus secretos y que también se encuentran en la autobiografía. Siempre que esté escrita conservando aquella mirada del autor que siempre coincidirá con la del (buen) lector: la mirada de la infancia. La mirada de la verdad. La mirada de la que nace la creación, su mirada, que es la nuestra.

Halcones, palomas y panteras

Amos Oz ha dicho que en Israel se necesita más valor para ser «paloma» que «halcón». A él le sedujo, en su infancia, ser halcón, cuando, seguramente, todavía no se usaban en su país tan frecuentemente esos términos. Le fascinaban los aguerridos colonos del desierto, inflamaban su imaginación los héroes de la tierra de Israel, aunque lucharan por ella a demasiada sangre y fuego... Y creía guardar una pantera en el sótano... un guerrero escondido tras su figura infan-



til e irremediamente pacífica. Con los años, pocos, entendió lo que quería, lo que creía y lo que pretendería inculcar en sus compatriotas y colegas. Aunque le llamaran «traidor».

Una pantera en el sótano es el título de una de sus mejores novelas, aunque esté concebida como un cuento y parezca un relato destinado a los niños. O quizá por eso mismo. Porque es un perfecto ejemplo de lo que él llama autobiografía ficcionada o ficción autobiográfica. Quien haya leído el libro que anteriormente glosábamos —*Una historia de amor y oscuridad*— encontrará muchos parecidos —incluso partes textuales, como el conmovedor episodio de la lágrima en la mano del padre— con esta narración. ⁸

«Muchas veces en la vida me llamaron traidor. La primera fue a los doce años y tres meses, cuando vivía en un barrio a las afueras de Jerusalén. Fue durante las vacaciones de verano, faltaba menos de un año para que el gobierno británico se retirase del país, y naciera, en medio de la guerra, el Estado de Israel.»

Así comienza el primer capítulo de *Una pantera en el sótano*, en la traducción que indicamos en la nota anterior.

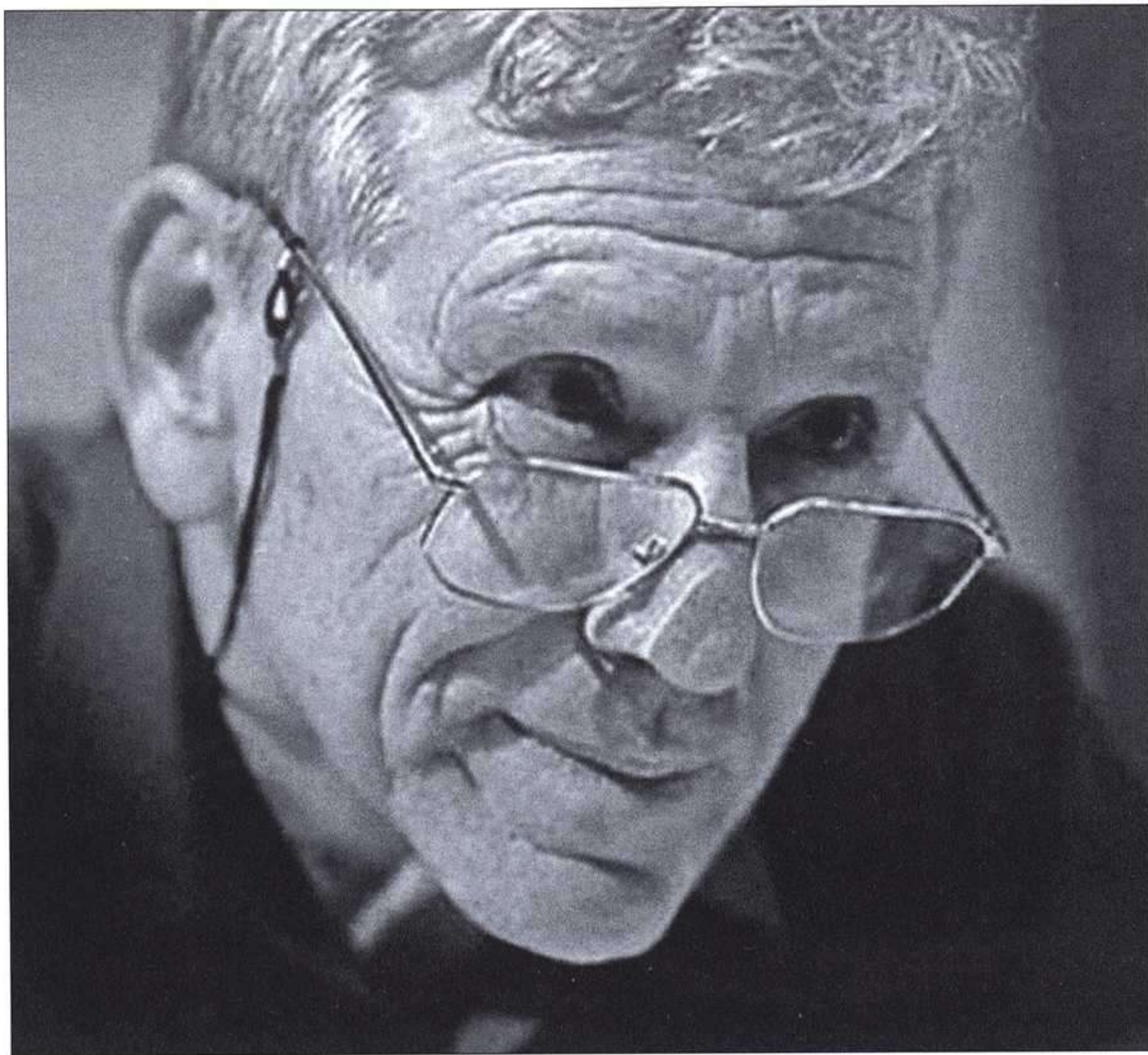
El protagonista se llama —le llaman— Profi, pero todos leemos Amos Oz.

Le llamaban Profi como diminutivo de profesor «por la manía que tengo de jugar con las palabras». Ya me dirán a quién se parece el personaje.

El mundo en el que vivía Profi —el mundo en el que vivía Oz— era el siguiente:

«Así es como recuerdo Jersualén en el último verano bajo el dominio británico. Una ciudad de piedra, extendida a lo largo de las laderas de las montañas. No era realmente una ciudad, sino barrios separados entre sí por campos de cardos y rocas. En las esquinas de las calles solían apostarse los vehículos blindados de los británicos con las ventanillas casi cerradas, como ojos cegados por la luz. Las ametralladoras que sobresalían en la parte delantera parecían dedos diciendo: a ti.»

Un niño al que señalan las ametralladoras sólo puede refugiarse en los sueños, que serán libros, el amor o el deseo, y la amistad. Lo de los libros ya nos lo ha contado Oz extraordinariamente



bien. En esta novela, el mundo de las palabras está doblemente representado con el personaje (la persona real) del padre, que elige palabras, las colecciona, las somete a observación y las comenta en casa. El padre es corrector de textos y ayudante de un editor. «Por las noches solía sentarse hasta las dos o las tres de la madrugada rodeado por las sombras que proyectaban las estanterías, con el cuerpo sumido en la oscuridad ya que sólo la cabeza llena de canas flotaba en el halo de luz de su flexo». La amistad, en este caso, se llama Ben Hur y Chita Reznik, que no son verdaderos amigos, sólo camaradas con Profi de la revolución. Forman una célula clandestina, ellos tres solos, que sueña con echar de Israel a los ingleses (se irían ellos solos enseguida, aunque no se iban a solucionar tan fácilmente las cosas...) y a veces con volar incluso el Palacio de Buckingham. El amor, el deseo, lo personifica Yardena, la hermana mayor de Ben Hur. Una noche, Profi espía desde la azotea, que era su puesto de observación favorito, cerca de donde un misterioso vecino

criaba gallinas, sobre el mar de tejados, a tiro de ojo sobre el campamento del ejército británico. ¿Y qué vio Profi esa noche crucial?

«Una vez controlé desde mi puesto de observación la ventana del dormitorio de Ben Hur porque yo sospechaba que lo perseguían, pero cuál fue mi sorpresa al ver que, en lugar de Ben Hur, apareció Yardena, su hermana mayor. Estaba en medio de la habitación, con mucha coquetería dio dos vueltas sobre sí misma, de puntillas, como una bailarina, y de repente, se desató el nudo de la bata, se la quitó, se puso un vestido y cerró la cremallera. Entre el momento de la bata y el del vestido, brillaron por un momento unas islas oscuras sobre su blanca piel, a la sombra de los brazos, y otra isla turbadora bajo el vientre, engullida de inmediato por el vestido que cayó como un telón desde el cuello hasta las rodillas, antes de tener tiempo de verlo que había visto o de irme del puesto de observación o incluso de cerrar

los ojos. De verdad que los hubiera cerrado, pero todo ocurrió y acabó en un instante. En ese momento pensé: ahora me voy a morir; merezco la muerte por esto.»

El peso de la culpa le durará a Profi una eternidad, al menos todo ese verano. Es un sucio criminal por lo que vio y no vio en la ventana de Yardena... pero también le consideran un traidor por otra cosa, que es la médula del libro: se reúne a escondidas con un militar británico. Bien es cierto que ambos intercambian la cultura y los idiomas de sus respectivas lenguas, y que el militar, el sargento Dunlop, ama el hebreo y sus libros sagrados. Quizá es también un traidor el sargento Dunlop. Los dos cometen, en un cuarto trasero del Orient Palace, el pecado del diálogo entre pueblos enemigos. Desde muy temprano soñaba Amos Oz con lo mismo, incluso cuando lo consideraba una traición a su raza, a su pueblo, a su gente...

El hechizo de la traición

Sí, Profi-Oz siente una irresistible atracción hacia algunas prohibiciones: el secreto cuerpo de Yardena, la posibilidad de hablar con el enemigo. Como un hechizo, al niño de palabras le seduce la analogía entre contrarios, el nexo entre aparentes opuestos, la posibilidad de placer que hay en algunas cosas vetadas. El entendimiento, la conexión, el diálogo. De eso trata esta espléndida novela. De eso trata Amos Oz, como venimos diciendo desde el principio. La literatura para explicar durante toda la vida aquello que le ocurrió de niño: «¿Sólo podía uno relacionarse con el *enemigo* para destruirlo? Y si eres un traidor por eso, yo quizá deseo ser un traidor».

¿Cómo no iba a tener sentido de culpa aquel niño si lo que sus padres esperaban de cualquier niño judío —Profi nos lo dice en *La pantera...*—, es que crecieran para convertirse en fuertes guerreros y campesinos, alimentados con mucho hígado y fruta, para que esta vez el enemigo no les llevase al matadero. Aquel niño, este escritor que conserva la misma mirada, eligió otra cosa: Charlar inocentemente con aquel sargento gordo

UNA PANTERA EN EL SÓTANO

AMOS OZ

SIRUELA



y melancólico. El corazón de Amos-Profi ha caminado desde entonces «descalzo, de puntillas», empeñado en llegar a un Orient Palace donde todos los contrarios se puedan sentar a hablar de sus cosas. Conversación para todos. Matarero para ninguno.

Otras voces, otros títulos

Ni Amos Oz es el único escritor, artista, o intelectual del conflicto, que camina incansable hacia la paz con sus vecinos —sería injusto no citar a David Grossman entre sus colegas y compatriotas, por ejemplo, o a Daniel Barenboim—, ni los libros citados son los úni-

cos de Oz, por supuesto, dignos de nombrar: Con niños —y esta vez sí, para niños, más claramente que *La pantera...*— en España están publicados por Siruela, *De repente en lo profundo del bosque* y *La bicicleta de Sumji*. Entre sus otras obras, independientemente de su relación con nuestra mirada infantil, no puedo despedirme sin recordar el libro que me abrió los ojos y dio la señal de salida de mi pasión por Oz: *El mismo mar*.⁹ Novela con capítulos que son —textualmente, no es retórica— poemas, y que muestra, entre otras recompensas para el lector, el mismo mar que uno tiene frente a su casa mientras sueña todo el rato con mares lejanos. La historia de todos. De niños a mayores. ■

*Juan Tébar es escritor.

Notas

1. Que «Amos Oz representa el Israel posible» es una cita textual del artículo de José María Ridaó aparecido en el periódico *El País* del 28 de junio de 2007.
2. *Contra el fanatismo*, publicado en la Biblioteca de Ensayo de Editorial Siruela en septiembre de 2003, segunda edición en mayo de 2005. Traducción de Daniel Sarasola.
3. La cita pertenece al libro de Amos Oz, *Una historia de amor y oscuridad*. Pero no podemos olvidar que Wallace Stevens (1879-1955), poeta, había dicho antes: «... El lector se convirtió en libro». Frase que a su vez citó Harold Bloom abriendo su libro *How to read and why*, un texto sobre el placer de leer.
4. *Una historia de amor y oscuridad* de Amos Oz está publicada en Siruela, colección Nuevos Tiempos, en agosto de 2004, con sucesivas ediciones en septiembre y diciembre de ese mismo año.
5. José María Guelbenzu titula así su artículo —«Un escritor de raza»— publicado en *El País* el 28 de junio de 2007: «... un escritor de raza; esto quiere decir que es un escritor que antepone la escritura a cualquier otra consideración...».
6. Amos Oz visitó muchas clínicas a lo largo de su infancia, su madre también: Desórdenes nerviosos —que la llevaron al suicidio— ocuparon la mayor parte de su existencia, mientras Amos era todavía niño.
7. Todas las citas de este libro —*Una historia de amor y oscuridad*— han sido extraídas de su citada edición en Siruela, traducción del hebreo de Raquel García Lozano.
8. *Una pantera en el sótano*, también editada por Siruela, con traducción del hebreo de Marta Lapides, Sonia de Pedro y Raquel García Lozano, tuvo su primera edición en castellano en 2004. A esta traducción y edición nos remitimos siempre cuando citamos párrafos de este libro.
9. *El mismo mar* (Siruela, 2002). Traducción, magnífica, del hebreo a cargo de Raquel García Lozano.